Más prensa

De ciertas cosas nunca se habla bastante. No por ser la materia que me inspira esta crónica tratada por otras plumas más autorizadas que la mía, tanto en el periódico como en el libro; no porque haya sido el tema predilecto de las más notables eminencias oratorias en todas partes, ni porque unos cuantos, pocos por desgracia, católicos conscientes hayan puesto a su servicio cuantos recursos materiales e intelectuales les fueran dables en la medida de sus fuerzas, el mal se ha sofocado, ni tampoco ha adquirido tan desmesurado incremento que podamos desconfiar del éxito.

Todo lo contrario. Nuestra prensa, la prensa católica gracias a la acertada dirección de los unos y al trabajo constante de los otros, se yergue, se extiende y se multiplica, y prueba de ello es la pupa que ha hecho ya y hace a la prensa sectaria y radical, según su propia confesión.

Pero esto no basta; es necesario robustecerla, fortificarla y afianzarla más y más, hasta que sus raíces se extiendan tenaces del uno al otro extremo del planeta y su benéfica influencia repercuta en los más abstrusos rincones de la tierra.

Pocos católicos por no decir ninguno, habrá ya que ignoren el inmenso poderío de la prensa, su fuerza incontestable y su valiosísimo influjo en todos los órdenes de la vida, y, sin embargo, son muchos los que fomentan el desarrollo de la mala prensa, ya con sus suscripciones, ya con su indiferentismo y apatía.

Para ser un fiel soldado de la causa católica, es necesario seguir las instrucciones superiores y luchar con aquellos medios y aquellas armas que nuestros jefes nos señalan como más eficaces, y ya se nos ha dicho que la hoja del periódico es mil veces más dañina que la hoja de la espada, porque causa innumerables daños allá donde la espada no puede penetrar; el inmortal Pío IX decía que más bien hacía un periódico bueno que seis predicadores, y León XIII reconocía más eficacia a un periódico que a seis misiones continuas.

No de otro modo hubo de pensar Alejandro Dumas; cuando se jactaba de haber hecho la revolución de Julio y de Febrero fundándose en el poderío de la prensa.

En Francia, los católicos han erigido luminosísimos altares y soberbios y abundantes templos; sus dádivas para toda clase de obras piadosas son innumerables; sus casas de asilo, de beneficencia y de religiosos son espléndidas; pero sus periódicos, en cambio, son contadísimos, pobres y mal informa-

dos, y consecuencia de todo esto ha sido la encarnizada persecución de que nuestros vecinos de allende el Pirineo fueron objeto, y el triunfo de la impiedad y del jacobinismo.

Yo recuerdo a este propósito que un querido amigo mío me decía en cierta ocasión, hablando de Francia: «Al principio siempre me parecía imposible que los católicos franceses llegasen a la deplorable situación a que han llegado: pero cuando me dijeron un día que en Marsella donde se leían cotidianamente infinidad de periódicos sectarios, sólo existía un periódico católico, entonces lo creí todo...»

Los católicos alemanes, por el contrario, más sagaces que los franceses no han perdido un momento, luchando con denuedo en el campo de la prensa, en el que tomó parte más directa y más activa el *Presse plan* (cura periodista).

Los esfuerzos no han sido vanos, y el influjo que en la actualidad ejerce el catolicismo alemán en los destinos del Imperio es muy considerable.

Por muchos prodigios que ejecute un artista, por sorprendentes discursos que pronuncie un orador y por admirables obras que produzca un escritor, si se les hace el vacío, si la hoja diaria no les da a conocer, el tal escritor, orador o artista permanecerá ignorado...

Prensa, mucha y excelente prensa, muchos periódicos netamente católicos, mucha información y mucho *presska-plan*, es lo que cotidianamente pide a voz en grito nuestra causa.

La prensa católica, el periodismo católico, no disponen, como lo hacen los periódicos liberales y sectarios, de ciertas subvenciones, ofrecidas a veces por señoras que figuran en cofradías religiosas y que están pasando por muy católicas (!)... La prensa católica tampoco ejerce ese asqueroso *chantage* (1) de que se vale, sin escrúpulos de ninguna clase, la prensa radical, y por eso necesita de la protección de los buenos católicos, de los católicos de co-razón.

El rico con su dinero, el escritor con su pluma y todos con la información y la propaganda, estamos obligados a dispensárselas. Quien así no lo haga, no merece el dictado de católico.

¡Es un farsante!...

ABELINO A. FERNÁNDEZ

Quienes pudiendo evitar el escándalo no lo evitan, se hacen cómplices de todos los escandalosos y de todos los escandalizados y participes de sus culpas.

Quienes piensan que debe respetarse como un sagrado derecho el de escandalizar, ya saben que piensan al revés de

(1) Dinero obtenido por la ajena-za de difamación.

Jesucristo y lo mismo que las dueñas de burdeles.

Quienes desde el Poder garanticen sin necesidad ese derecho, están, en orden a moralidad, muy por bajo de las tales dueñas.

Guerra contra la mala prensa

I

Órgano oficial del infierno y su sucursal más poderosa, hé ahí lo que verdaderamente es la mala prensa.

Torrente avasallador que siembra desolación y estragos en las familias.

Diluvio que anega todo sentimiento noble y honrado.

Huracán desencadenado de pasiones y malos instintos que asuela y desbarata el edificio social.

Tempestad asoladora que pone yermos los pueblos donde descarga sus nubes de mentiras, errores e inmoralidades.

Ladrón, a sueldo de la masonería y del liberalismo, para saltar y asesinar las almas.

Ahí tenéis lo que es la mala Prensa. ¡Guerra, pues, a la mala Prensa como al mayor enemigo de la sociedad!

II

¡Guerra sin cuartel!!!

¿Cómo?

Negándole la entrada en nuestras casas.

Procurando, de todas veras, restarle suscripciones.

Divulgando donde quiera que no se puede en conciencia cooperar a su obra de desmoralización con la *perra chica*, que no puede leerse sin pecado, que hay que arrojarla de la casa y talleres como se echan las inmundicias.

¿Cómo más?

No publicando en ella esquelas, ni anuncios, ni noticia alguna; desacreditándola, como merece; rogando a Dios continuamente por su muerte y aniquilamiento.

¡Bajo los malos periódicos!

ISMAEL

Por impulso de un diario de esta tierra, parece que se desencadenó la guerra periodística anticlerical.

Por menos de lo que aquí se ha escrito han sido condenados y procesados periódicos por las autoridades competentes.

Aquí todos barbarizan como gustan, impunemente.

¡O tempora o mores!

A UN AGITADOR

En vano mueves la opinión, y en vano tu palabra de fuego cotilla. Para que llegue a germinar la idea, que arroja en el surco, aún es temprano.

Fundiendo el tiempo en el crisol humano

razas y tribus, las naciones crea, ¿Hay por ventura alguna que no sea lenta labor de su invisible mano?

Por más que ceda a la presión del hecho no sacrifica un Pueblo dócilmente su fe, su tradición y su derecho.

Y cual río caudal, cuya corriente cambiando avanza por su antiguo lecho, siempre es el mismo y siempre diferente.
G. NUÑEZ DE ARCA.

Dos medios hay de hacer callar a los gallos.

El primero, algo pesado, consiste en atarle un cordel a la pata, sujetando el ave a su camastro.

Al empezar su cántico el volatín, un tirón a la cuerda, hasta hacerle caer a la tierra.

Si se levanta indignado, e inicia otra romanza, nuevo tirón hasta hacerle perder el equilibrio y el hilo musical.

A las pocas lecciones de esta clase, el gallo pierde la voz y en vez de alzar el gallo, canta la gallina.

El segundo medio, mucho más sencillo, es colocar un palo, siempre horizontal, sobre su cabeza.

Como para gallear tiene que estirar el cuello, se da él mismo en la cabeza con el palo, y después de varios tropezones, no dice oste ni moste, ni a la luz ni a las tinieblas.

¡O LA INFORMACION!

Según la última palabra de la ciencia del periodismo—temos de barato que sea ciencia, ya que ciencia y no arte quieren que sea algunos—el periódico no ha de tener por fin último ni inmediato instruir ni educar, ni aún tampoco encombrar a determinado personaje, del cual es órgano más o menos desafinado. El fin inmediato y último del periodismo, o mejor dicho, del periódico, es ganar dinero. Así, en crudo, lo he leído, hace poco y no me ha asombrado la tesis, porque ya no nos acordamos de nada.

Convengamos, pues, en que cuando un sujeto funda un periódico, es, como si se propusiera fundar una fábrica de máquinas de vapor, o de telas, o de paños.

Ya tiene la fábrica ese individuo. ¿Cómo la hace funcionar? ¿Qué combustible pone? ¿Con qué ideales calienta el motor?

Con ninguno. Y no existen ideales en el periodismo. Sólo ha de haber información mucha información y pura información, aunque sea impura, como suele serlo, muchas veces. Los redactores no han de tener opiniones personales o no han de manifestarlas en el periódico. Las únicas cosas que se le piden son buen olfato para elegir donde ocurra un suceso, y buenas piernas o buenos medios de locomoción para tras-